

Don de ciencia (2)

De lo que dijimos en nuestro artículo anterior se concluye que **el don de ciencia es “ un hábito sobrenatural infundido con la gracia santificante, por el cual la inteligencia del hombre, bajo la acción iluminadora del Espíritu Santo, juzga rectamente de las cosas creadas en orden al fin sobrenatural”**.

Es necesario para que la fe pueda llegar a su plena expansión. No basta con aprehender la verdad revelada, es preciso que se nos de también el instinto sobrenatural para descubrir y juzgar rectamente de las relaciones de esas verdades divinas con el mundo natural y sensible que nos rodea, de lo contrario erraríamos el camino. Mediante el don de ciencia, juzgamos rectamente, según los principios de la fe, del uso de las criaturas, de su valor, utilidad o peligros en orden a la vida eterna. Los efectos de este don son de un alto valor santificante.

1) NOS ENSEÑA A JUZGAR RECTAMENTE DE LAS COSAS CREADAS EN ORDEN A DIOS. El don de ciencia es eminentemente contemplativo, nos comunica la mirada de Dios sobre todas sus obras y sobre el juego de conjunto de las causas segundas. El más pequeño átomo del universo, afirma él solo la infinitud de Dios: *“El cielo proclama la gloria de Dios; de su creación nos habla la bóveda celeste. Los días se lo cuentan entre sí; las noches hacen correr la voz. Aunque no se escuchan palabras ni se oye voz alguna, su mensaje llega a toda la tierra, hasta el último rincón del mundo”* (Sal 19, 1-4).

Todo proclama que Él es Dios: *“ Den gracias al Señor, porque él es bueno,... Den gracias al Dios de dioses,... Den gracias al Señor de señores, ... Al único que hace grandes maravillas, ... Al que hizo los cielos con sabiduría, porque su amor es eterno. Al que extendió la tierra sobre las aguas... Al que hizo el sol y la luna, ...: el sol, para alumbrar de día, ...; la luna y las estrellas, para alumbrar de noche, porque su amor es eterno. Al que hirió al primer hijo de toda familia egipcia.... Al que sacó de Egipto a los israelitas...; extendiendo su brazo con gran poder, ... Al que partió en dos el Mar Rojo... Al que hizo pasar a Israel por en medio del mar, ... Al que hundió en el Mar Rojo al Faraón y su ejército, porque su amor es eterno. Al que llevó a su pueblo por el desierto, ... Al que hirió de muerte a grandes reyes... Al que a reyes poderosos quitó la vida, ...: a Sihón, el rey amorreo, ...; y a Og, el rey de Basán, porque su amor es eterno. Al que repartió la tierra de esos reyes, ... y la dio como herencia a su siervo Israel, ... Al que nos recuerda cuando estamos abatidos, ... Al que nos libra de nuestros enemigos, ... Al que da de comer a hombres y animales, ... ¡Den gracias al Dios del cielo, porque su amor es eterno!”* (Sal 136).

San Juan de la Cruz describe en su Cántico Espiritual el alivio y al mismo tiempo el tormento del alma mística a la vista de la creación, cuando, a la vista de la creación, las cosas del universo le revelan el paso de su Amado, mientras que Él permanece invisible hasta que el alma, transformada en Él, le encuentre en la visión beatífica”. San Ignacio de Loyola, ante el espectáculo de una noche estrellada exclamaba: *“¿Oh cuán vil me parece la tierra cuando contemplo el cielo!”*. La nada de las cosas contemplada a través del don de ciencia hacía que san Pablo las estimase como basura con tal de ganar a Cristo (Filip 3,8). Es el sentimiento que le daba a San Francisco de Asís su sentido de hermandad universal: hermano lobo, hermano sol, hermano fuego.

2) NOS GUÍA CERTERAMENTE ACERCA DE LO QUE TENEMOS QUE CREER O NO CREER.

Las almas en las que actúa el don de ciencia, tienen el sentido de la fe. Sin haber estudiado teología se dan cuenta si una devoción, un consejo, o una doctrina sintoniza con la fe o está en oposición a ella. Lo sienten así con una fuerza irresistible y una seguridad inquebrantable. Santa Teresa nunca aceptó la doctrina de que en algunos estados de oración, conviene prescindir de la consideración de la humanidad de Cristo.

3) NOS HACE VER CON PRONTITUD Y CERTEZA EL ESTADO DE NUESTRA ALMA. Todo aparece transparente: nuestros actos interiores, los movimientos secretos de nuestro corazón, sus cualidades, su bondad, su malicia, sus principios, sus motivos, sus fines e intenciones, sus efectos y consecuencias, su mérito y su demérito. Decía santa Teresa: *“en pieza donde entra mucho sol, no hay telaraña escondida”*.

4) NOS INSPIRA EL MODO MÁS ACERTADO DE CONDUCIRNOS CON EL PRÓJIMO EN ORDEN A LA VIDA ETERNA. Es aquí donde el don de ciencia se relaciona con la virtud de la prudencia, perfeccionada directamente por el don de consejo. *“Un predicador conoce por este don lo que debe decir a sus oyentes y cómo debe apremiarles; un director conoce el estado de las almas que dirige, sus necesidades espirituales, los remedios de sus faltas, los obstáculos que se oponen a su perfección, el camino más corto y seguro para conducirlos; cuándo hay que consolarlas o mortificarlas; lo que Dios obra en ellas y lo que*

deben hacer de su parte para cooperar con Dios y cumplir sus designios. Un superior conoce de qué manera debe gobernar a sus súbditos. Los que participan más del don de ciencia son los más esclarecidos en todos sus conocimientos. Ven maravillas en la práctica de la virtud. Descubren grados de perfección que son desconocidos por los otros. Ven de una simple vista si las acciones son inspiradas por Dios y conformes a sus designios; tan pronto como se desvían un poco de los caminos de Dios, lo perciben en el acto. Señalan imperfecciones allí donde los otros no las pueden reconocer y no están sujetos a engañarse en sus sentimientos ni a dejarse sorprender por las ilusiones de que el mundo está lleno. Si un alma escrupulosa se dirige a ellos, sabrán lo que es necesario decirle para curar sus escrúpulos. Si han de dirigir una exhortación a religiosos o religiosas, les acudirán a la mente pensamientos conformes a las necesidades espirituales de estas personas religiosas y al espíritu de su Orden. Si se les proponen dificultades de conciencia, las resolverán excelentemente. Pedíles la razón de su respuesta y no os dirán una sola palabra, puesto que conocen todo esto sin razón, por una luz superior a todas las razones.

Gracias a este don predicaba San Vicente Ferrer con el prodigioso éxito que leemos en su vida. Se abandonaba al Espíritu Santo, ya fuera para preparar los sermones, ya para pronunciarlos, y todo el mundo salía impresionado. Era fácil ver que el Espíritu Santo hablaba por su boca. Un día que debía predicar ante un príncipe, creyó que debía aportar a la preparación de su sermón un mayor estudio y diligencia humana. Lo hizo así con extraordinario interés; pero ni el príncipe ni el resto del auditorio quedaron tan satisfechos de esta predicación tan estudiada como de la del día siguiente, que hizo, como de ordinario, según el movimiento del espíritu de Dios. Se le hizo notar la diferencia entre esos dos sermones. “Es –respondió– que ayer predicó Fr. Vicente y hoy ha sido el Espíritu Santo” (P. Lallemand).

5) NOS DESPRENDE DE LAS COSAS DE LA TIERRA. Esto es una consecuencia del juicio recto sobre las cosas. Conociendo las cosas en su verdadera dimensión y valor, reconociendo la mano de Dios en ellas, llega el momento de superarlas y del desprendimiento absoluto. En la creación descubre la nada de las criaturas y el todo del Creador. Para aquél que ha sentido a Dios aunque sea una vez, las cosas quedan totalmente de lado. Pero el alma busca al Amado mismo que percibe en las cosas y debe superarlas. Dice San Juan de la Cruz:

*“¡Ay!, ¿quién podrá sanarme?
Acaba de entregarte ya de vero;
no quieras enviarme
de hoy más ya mensajero,
que no saben decirme lo que quiero. (6)*

*Y todos cuantos vagan
de ti me van mil gracias refiriendo,
y todos más me llagan,
y déjame muriendo
un no sé qué que quedan balbuciendo”. (7)*

El alma ya no quiere rastros sino la presencia misma del Señor:

*“Descubre tu presencia
y máteme tu vista y hermosura;
mira que la dolencia
de amor, que no se cura
sino con la presencia y la figura”.(11)*

Esta presencia se le concede ya en el desposorio espiritual:

*“Mi Amado, las montañas,
los valles solitarios nemorosos,
las ínsulas extrañas,
los ríos sonorosos,
el silbo de los aires amorosos;
la noche sosegada*

*en par de los levantes de la aurora,
la música callada,
la soledad sonora,
la cena que recrea y enamora". (14-15).*

Es interesante el efecto que provocaron en Santa Teresa las joyas que le mostró una amiga en Toledo: *"Cuando estaba con aquella señora que he dicho, me acaeció una vez, estando ya mala del corazón, (porque como he dicho, le he tenido recio, aunque ya no lo es), como era de mucha caridad, hizome sacar joyas de oro y piedras preciosas, que las tenía de gran valor, en especial una de diamantes que apreciaba mucho. Ella pensó que me alegraran. Yo estaba riéndome entre mí y habiendo lástima de ver lo que estimaban los hombres, acordándome de lo que nos tiene guardado el Señor, y pensaba cuán imposible me sería, aunque yo conmigo misma lo quisiera procurar, tener en algo aquellas cosas si el Señor no me quitaba la memoria de otras. Esto es un gran señorío para el alma, tan grande que no sé si lo entenderá sino quien lo posee; porque es el propio y natural desasimiento, porque es sin trabajo nuestro. **Todo lo hace Dios;** que muestra su Majestad estas verdades de manera que quedan tan impresas, que se ve claro no lo pudiéramos por nosotros de aquella manera en tan breve tiempo adquirir"* (Vida 38,4).

6) NOS ENSEÑA A USAR SANTAMENTE DE LAS CRIATURAS. Es consecuencia de lo anterior. Las criaturas nos llevan a Dios cuando las usamos correctamente. Cualquier detalle nos puede hablar de Dios.

7) NOS LLENA DE CONTRICIÓN Y ARREPENTIMIENTO DE NUESTROS ERRORES PASADOS. El alma siente un arrepentimiento vivo al recordar épocas pasadas en las que estuvo sujeta a tanta vanidad y miseria. Por eso corresponde a la bienaventuranza de los que lloran.

Por todo esto gracias a este don, la fe, lejos de encontrar obstáculos en las criaturas para remontarse a Dios, se vale de ellas para hacerlo con más facilidad. La fe alcanza una intensidad viva que hace presentir la visión eterna.

Vicios contrarios a este don

El vicio contrario al don de ciencia es la **"ignorancia de las cosas divinas"**. El don de ciencia es indispensable para desvanecer la multitud de errores que en materia de fe y de costumbres se nos infiltran continuamente a causa de nuestra ignorancia y debilidad mental. Todos los falsos místicos lo son por ignorancia, contraria a este don. El hombre es ante todo una inteligencia, una razón, y es importancia que no caiga ni en el sentimentalismo ni en el voluntarismo. En muchos casos los pecados contra la fe estén en la base de la inmoralidad. Pueblos enteros viven en desorden moral por falta de luz. Se tiene fe pero una fe muerta o apenas ilustrada. Ignorar lo sobrenatural es estar privado de los verdaderos criterios, fundamentales, explicativos del sentido eterno de cada una de nuestras vidas y de la misión de la Iglesia entre los hombres. No hay un solo acontecimiento que no haya tenido repercusiones morales en la historia de la humanidad. **Un alma que se eleva, levanta al mundo, un alma que se envilece, rebaja el potencial espiritual de todo el universo.**

La ignorancia puede llegar por ocupar nuestro espíritu en cosas vanas o curiosas o por presunción, confiando demasiado en nuestra ciencia. Este abuso es el motivo principal de que abunden más los místicos entre personas sencillas e ignorantes que entre los intelectuales y sabios. No hay mística sin renunciar a la soberbia intelectual.

Medios para fomentar este don

Aparte del recogimiento, fidelidad a la gracia e invocación del Espíritu Santo los principales son:

- a) CONSIDERAR LA VANIDAD DE LAS COSAS CREADAS. La meditación y consideración acerca de esto es abrir la puerta a la iluminación interior del Espíritu.
- b) ACOSTUMBRARSE A RELACIONAR CON DIOS TODAS LAS COSAS CREADAS. No tenemos que descansar en las criaturas sino pasar a través de ellas hasta Dios. Es necesario esforzarse en encontrar en ellas las huellas y hermosura del creador.

c) **OPONERSE ENÉRGICAMENTE AL ESPÍRITU DEL MUNDO.** El espíritu mundano no se ocupa sino de gozar de las criaturas, poniendo en ellas su felicidad, completamente de espaldas a Dios. Es necesario huir de las reuniones mundanas, donde se lanzan y corren como moneda legítima las máximas totalmente contrarias al espíritu de Dios. Lo mismo sucede con los espectáculos y diversiones mundanos.

d) **VER LA MANO DE LA PROVIDENCIA EN EL GOBIERNO DEL MUNDO Y EN TODOS LOS ACONTECIMIENTOS PRÓSPEROS O ADVERSOS DE NUESTRA VIDA.** Es descubrir el sentido de la providencia y la paternidad amorosa de Dios que gobierna con sabiduría el universo.

e) **PREOCUPARSE MUCHO DE LA PUREZA DE CORAZÓN.** Hay una relación muy estrecha entre la guarda del corazón y el cumplimiento exacto de todos nuestros deberes y la iluminación de lo alto: “Soy más entendido que los ancianos si guardo tus preceptos” (Sal 118,100).

Función del don de ciencia en la vida espiritual

Los hombres que tienen una fe débil por falta de fervor y de docilidad a las luces del Espíritu Santo, se acostumbran a juzgarlo todo a escala humana. El don de ciencia no se deja deslumbrar por el brillo efímero de los seres de este mundo, no idealiza nada, no dramatiza nada, es realista, pesa el bien y el mal. Lo mide todo según Dios. Es el que nos descubre el verdadero sentido de las criaturas, sabe su vanidad y su grandeza, son ante todo, un reflejo del Creador.

Alejandro Ferreirós